

## PROEMIO

En este libro se recogen las ponencias que tuvieron lugar en mayo del 2022 en el marco de la Cátedra de Pensamiento Cristiano del Obispado de Urgell. El objeto de estudio fue la ética del cuidado tratada desde distintas dimensiones: el cuidado del mundo, el cuidado de los demás y el cuidado de uno mismo.

Es evidente que no nacemos perfectamente configurados como seres autónomos. Nacemos frágiles, dependientes, extraordinariamente vulnerables a los estímulos externos.

El filósofo anglosajón Alasdair MacIntyre ha mostrado de forma convincente que solo llegamos a ser relativamente autónomos después de un dilatado período de dependencia en el que necesitamos que los demás se ocupen de nosotros y nos ayuden hasta que podamos desarrollar nuestras propias capacidades. Sin embargo, las virtudes desarrolladas por quienes nos cuidan durante nuestra fase de dependencia no siempre coinciden con las que nosotros realizamos al conseguir nuestra autonomía.

La virtud del cuidado, la consagración asimétrica, no recíproca y parcial al bienestar de otro, que nos exige que transparentemos sus necesidades, es una expresión de la lógica del don. Cuidar es un modo de darse al otro.

Nuestra atención a los pequeños es expresión de una capacidad propiamente humana, de la lógica del don. En el cuidado aparece un profundo sentido del valor propio e insustituible de cada ser humano, que ciertamente es mucho más intenso cuando se trata de personas a quienes nos sentimos vinculados por relaciones de amor y de afecto.

El valor de cada uno procede de la atención que le haya prestado una persona que lo haya cuidado maternalmente. En este sentido, es pertinente recordar aquel aforismo popular: “todos somos hijos de una madre”. Por persona que lo cuide maternalmente no queremos decir que se trate, necesariamente, de una madre biológica o adoptiva. Nos referimos a cualquier mujer u hombre que se consagre o asuma la responsabilidad de atender a otro ser dependiente y vulnerable, y que sienta que su bienestar es tan fundamental que llegue a considerarlo como algo realmente suyo.

Cuidar a otro como una madre cuida a su hijo o como, de hecho, cualquier asistente cuida a aquel que está bajo su protección, es un tipo de relación altamente peculiar. Da origen a una situación en la que uno subordina o pospone sus propios intereses, aspiraciones y deseos, y se priva de ellos para satisfacer las necesidades del otro de un modo que en otras circunstancias solo lo haría un esclavo.

La familia, cuando verdaderamente es una comunidad afectiva, un entorno cálido, es una esfera privilegiada para la práctica del don. La familia es, a pesar de todo, el lugar privilegiado en el cual la lógica del don debe ser particularmente custodiada y prometida; es en la familia, de hecho, donde se aprende la acogida del otro que se compromete a vivir una libertad que no es arbitraria. La proximidad por sí sola no basta: es necesaria la gratuidad para aprender a ser hermanos. Y esto es verdadero en la familia, porque es el lugar en el cual se acoge la vida, que es siempre fuente de riqueza y de desarrollo.

La donación que uno hace de sí mismo no busca normalmente la reciprocidad o la compensación. El cuidar a otro tiene valor en sí mismo; lo único digno de tal esfuerzo es otro ser que tenga un valor intrínseco en él y por él mismo. El reconocimiento de este valor no se consigue mediante la actitud del respeto a otro, sino mediante el cuidado amoroso del otro. El cuidado o la atención surgen del amor concreto a un determinado individuo. Este tipo de amor, como el abstracto, también suscita un deber, concretamente el deber de ayudar al otro cuando lo necesite.

La madre es la figura ejemplar de la cura, puesto que se da sin pensar en un intercambio, no aspira a un aumento del propio poder económico y no actúa persiguiendo un reconocimiento. Cuida porque simplemente ama a su criatura, desea su bien y de este modo realizarse como madre.

Un ser que ha llegado a ser quien es gracias al cuidado amoroso de una persona que le ha tratado maternalmente, es una persona que tiene en sí misma la fuente de valor. Esta relación de cuidado sirve como conducto de valor. El valor del cuidador se transfiere a aquel o aquella que es cuidado. Otras relaciones —excepto en el caso que se dé una mutua estima— son esencialmente instrumentales y el valor que producen es, por consiguiente, de carácter instrumental. Pero las relaciones de ayuda transfieren y reconocen, y, por lo tanto, realizan el valor intrínseco.

El cuidado es donación de sí mismo, no de cosas, va más allá de las cosas, subsiste solo en el ámbito del ser, realiza el proyecto antropológico tanto del que dona como del que se beneficia del don.

Es propio de la cura de un enfermo el espíritu del don. Toca la piel de la gratuidad. Se obra sin el cálculo de un retorno de lo que se ha dado. Se da verdaderamente cuando se ofrece lo que no puede ser restituido. Y, sin embargo, no es solo un dar, es también una transformación del ser del donante.

Cuando uno es tratado como un fin en sí mismo siente que es tratado con amor y respeto. Cuando uno es tratado como objeto, como una mercancía o como moneda de cambio, experimenta un desgarró interior. Puede intentar disimularlo, justificarse, convencerse a sí mismo que tiene que ser así, pero en el fondo del ser humano se rebela algo, porque uno no desea ser tratado como un objeto, puesto que es un ser digno, dotado de una dignidad inherente y aunque se la niegue el Estado, la raza dominante, la política de inmigración, el sectarismo educativo y publicitario sabe que es un fin en sí mismo y anhela ser tratado como tal.

El niño, para llegar a ser lo que está llamado a ser, para desarrollar su misión fundamental en la existencia, esa que solo puede intuir en la más solitaria de las soledades y que solo puede desarrollar él y nadie más que él en la historia, requiere de una esfera afectiva, de un entorno cálido que le proteja del mundo exterior.

El papa Francisco nos exhorta a tomar conciencia no solo de la fragilidad humana, sino de la misma tierra y sus ecosistemas. La crisis ecológica, social y económica que sufre nuestro planeta exige soluciones globales, políticas de carácter mundial que trasciendan los intereses particulares de los Estados y de las naciones.

Para tener cuidado de la casa común, es preciso cambiar nuestros modos de producción y de consumo, la desigualdad que prevalece en ella en la distribución de los recursos que la misma tierra nos da. El papa Francisco subraya la tesis del destino universal de los bienes, tesis que atraviesa toda la doctrina social de la Iglesia desde León XIII.

Como consecuencia de la industrialización, de la tecnificación del mundo y de la explotación indiscriminada de sus reservas naturales con el fin de obtener el máximo beneficio con el mínimo coste para un grupo reducido de seres humanos, la casa común padece una situación de extrema fragilidad. Los síntomas alarmantes de esta catástrofe medioambiental son expuestos en la primera parte de *Laudato si*.

El papa Francisco nos exhorta a reconstruir la casa común, a amar y respetar la tierra como si de una madre se tratara y a persistir en el firme propósito de cambiar de vida. Reconoce el valor de las culturas ancestrales del Amazonas y de otros lugares del mundo y su profunda conexión con el entorno natural. Subraya que este patrimonio debe ser recuperado, estimado y respetado por parte de la cultura occidental, pues en tales culturas ancestrales se intuye ya la naturaleza como casa común.

Este pequeño libro que tengo el honor de presentar puede contribuir a difundir una cultura del cuidado integral.

Joan-Enric VIVES I SICÍLIA  
Arzobispo de Urgell y Copríncipe de Andorra

## PRÓLOGO

La ética del cuidado se ha desarrollado, especialmente, en el campo de la enfermería, pero no únicamente en este campo. También ha tenido su desarrollo ulterior en el mundo de la atención social, de la educación y de la medicina, pero las primeras interesadas en articular una ética del cuidado fueron enfermeras y antropólogas.

Desde el punto de vista psicosocial, la máxima exponente de la denominada *Caring ethics* es Carol Gilligan. Carol Gilligan, discípula de Kohlberg, se dio a conocer en este ámbito a partir de su conocido ensayo *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development* (1982). Filósofa feminista, esta reputada investigadora muestra cómo las mujeres, en su desarrollo moral, no siguen exactamente los pasos del hombre. En esto toma distancia de su maestro y hace ver que las mujeres están más preocupadas por las relaciones concretas, mientras que los hombres lo están por los principios generales.

Carol Gilligan muestra cómo las mujeres y los hombres tienden a usar diferentes estrategias de razonamiento y aplican distintos conceptos en el momento de afrontar los problemas. Observa que las mujeres tienden a percibir los dilemas primeramente en términos de existencia y no de vínculo personal.

Según su criterio, el universo femenino tiende a ser, primeramente, un mundo de relaciones y de verdades psico-

lógicas, en el que la confianza del vínculo entre personas da a reconocer la responsabilidad. Según ella, los hombres se orientan a cuestiones como la igualdad o la desigualdad, o a principios impersonales.

La perspectiva masculina no pone el énfasis en la relación, en el rostro a rostro y sus derivaciones, sino en los ideales abstractos de la justicia y los derechos y requieren de principios imparciales como la justicia, la autonomía o la beneficencia. Según Gilligan, la orientación más propia de las mujeres es hacia una ética del cuidado, mientras que la sensibilidad masculina tiende hacia una ética de la justicia. Sobre esta diferencia fundamental elabora la ética del cuidado basada en las relaciones de proximidad.

A diferencia de las éticas basadas en los principios abstractos, Carol Gilligan articula una ética centrada en la calidad emocional de las acciones y en la interacción entre personas. El cuidado, la compasión y la conexión son los pilares básicos de su propuesta ética. Rechaza una ética abstracta, lejos de los contextos y de las situaciones reales y pone el acento en el binomio persona cuidadora y persona cuidada. Después de ella, Leah Curtin, Sara Carper y Kristen Swanson desarrollarán aportaciones interesantes sobre la actividad de cuidar partiendo de las ideas de Carol Gilligan.

La sensibilidad ética parece ir ligada estrechamente a la práctica del cuidado. El cuidado, sostiene Carol Gilligan (1982) no es una cuestión de lógica, ni de justicia, sino más bien tiene su raíz en un preocuparse (*caring*) en el intento de una búsqueda o de una red de responsabilidades.

Desde el punto de vista filosófico, en el campo de la ética del cuidado destacamos, también, las contribuciones de dos autores de primera línea de investigación: W. Reich, que aborda la actividad del cuidado partiendo de la estructura más íntima de la persona, y H. Ten Have, que considera que el cuidado y el arte de cuidar son elementos internos de la moralidad. A partir de estos elementos diferentes, la ética del cuidado tiene un gran desarrollo en los últimos decenios.

A nuestro parecer, no tiene sentido contraponer la racionalidad y la afectividad en la ética, ni la supuesta perspectiva masculina a la femenina, sino que se trata de sumarlas, de complementarlas, para que ambas interactúen en la práctica del cuidado. Más allá del debate generado por Carol Gilligan, hay que reconocer que la ética del cuidado es una aportación decisiva en la ética del siglo XX que proviene del campo del feminismo y que es especialmente útil en el mundo de las profesiones de ayuda.

Entre los fundamentos teóricos de esta línea ética hay que citar a tres filósofos esenciales en el siglo XX: Martin Heidegger, Paul Ricoeur y Emmanuel Levinas; y, con posterioridad, la pensadora norteamericana Martha Nussbaum.

El autor de *Sein und Zeit* ([*Ser y tiempo*], 1927) pone de manifiesto que el cuidado (*sorge*) es un atributo fundamental del hombre para poder subsistir en el ser, para seguir siendo. El ser humano solamente puede subsistir en la existencia si tiene cuidado de sí mismo, si resuelve las imperiosas necesidades que van ligadas al hecho de estar en el mundo. El cuidado, pues, no es un lujo, ni un atributo tangencial, sino una práctica cansada y constante, sin la cual el ser humano puede seguir existiendo. Existir es trabajoso, porque hay que velar por las propias necesidades y desarrollar las posibilidades inherentes. Martin Heidegger entiende el cuidado como una categoría ontológica, más que ética, porque es determinante para seguir siendo como seres humanos.

La filosofía ética de Paul Ricoeur también juega un papel clave en la fundamentación de la ética del cuidado. Su comprensión de la identidad personal es muy útil para entender correctamente los procesos de cuidar y de asistir a una persona. Todo ser humano tiene una identidad narrativa, es fruto de una historia, de un proceso temporal en el que ha habido un conjunto de experiencias y encuentros.

La historia nos configura, porque las interacciones que tenemos y las experiencias que sufrimos dan forma a nuestra

personalidad. Desde esta perspectiva, cuidar a una persona supone profundizar en su historia, acercarse a sus experiencias, tener en cuenta su relato personal. Esto permitirá comprender su estado físico, psíquico, social y espiritual presente. La ética narrativa, en la medida en que profundiza en la historia de las personas, es un puntal decisivo en la articulación de la ética del cuidado.

También hay que destacar la relevancia del pensamiento de Emmanuel Levinas en la formulación filosófica de la ética del cuidado. El rostro es una categoría determinante en la formulación filosófica y poética del filósofo lituano. Según su parecer, la ética es, esencialmente, experiencia del otro, respuesta a su llamada, a su súplica. Actuar éticamente es pensar en el otro, anticipar sus necesidades, darse cuenta de que existe y responder a sus solicitudes.

La ética, pues, se contrapone a la indiferencia, al hecho de pasar de largo. Ser responsable es responder a una llamada que se formula silenciosamente. El rostro del otro es más que un fragmento de piel: es llamada, interpelación, exigencia. Al mirar el rostro de un ser humano, sentimos una estrecha comunión con él y con lo más profundo de él y esta confrontación exige una respuesta.

En la práctica del cuidado, la confrontación de los dos rostros de los protagonistas se convierte en experiencia ética. Si el cuidador fija atentamente su mirada en el rostro de la persona vulnerable y escucha su voz, entenderá que no es un objeto, ni una cosa, sino un sujeto de derechos, alguien que pide ayuda y a quien hay que responder. En esta respuesta, está en juego la misma humanidad.

En el campo de la filosofía de raíz hispánica, sobresale la contribución ética de José Ortega y Gasset. Su noción de *circunstancia* es especialmente útil para la edificación de una ética del cuidado. Toda persona es un ser circunstancial y solamente puede ser comprendida bien si se tiene en cuenta su envoltorio físico e intangible, todo lo que le rodea y for-

ma parte de su mundo. Esta tesis, en el caso de la persona cuidada, es determinante para atenderla bien.

El acento sobre el contexto, o lo que José Ortega y Gasset denominaría la *circunstancia*, y, a la vez, la atención al relato de la persona (ética narrativa) está por encima de lo que es objetivamente mensurable o construido lógicamente sobre la reacción personal (*response*). Al autor de *La rebelión de las masas* se le atribuye aquella conocida frase: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Entender a alguien exige, necesariamente, comprender su circunstancia. Cuidar al otro es habitar en un mundo en el que se es más consciente que reflexivo.

Según la ética del cuidado, la respuesta a la situación está más vinculada a las percepciones de la situación que no a la reflexión abstracta sobre el ser y su medida. Cada situación es un mundo y hay que dar respuesta individual, partiendo de cada contexto. Situaciones diferentes exigen respuestas diferentes. Por ello, en la ética del cuidado no se puede aplicar indistintamente unos principios abstractos, sino que hay que estudiar, a fondo, cada circunstancia, cada historia de vida, y encontrar la alternativa más adecuada y digna para aquella situación. Es un modelo, pues, más centrado en la coherencia que no sobre las consecuencias. La misma práctica del cuidado es fundamental para la existencia de una comunidad.

Según Noddings (1984) y Nussbaum (1996), una comunidad ética tiene que ser, necesariamente, una comunidad que cuida de los más débiles, de los miembros dependientes que hay en ella. La ética del cuidado se propone dar más bien una respuesta holística que una respuesta concreta.

FRANCESC TORRALBA

## CUIDAR EL MUNDO. APORTACIONES DESDE LA BIOÉTICA Y LA TEOLOGÍA MORAL

Javier de la Torre Díaz

“No heredamos la tierra de nuestro país;  
la tomamos prestada de nuestros hijos”.<sup>1</sup>

La mirada que aportamos aquí es la de un profesor de bioética y teología moral interesado por los temas de la ecología. Una infancia creciendo al lado del mar Menor (Murcia), un precioso ecosistema totalmente destrozado en treinta años, y unas raíces familiares junto al pantano de la Serena (Badajoz), en un tiempo el segundo de Europa y en la actualidad un ejemplo de sequía y cambio climático, me hacen tener una sensibilidad por la ecología. Mi modesta aportación no es teórica, sino práctica. Lo que me preocupa es esclarecer cómo las personas ordinarias y las instituciones podemos cuidar el mundo.

El artículo tiene cuatro partes bien diferenciadas. En la primera, entraremos en las dimensiones de cuidado que conectan con la ecología. En la segunda y tercera parte plantearemos la visión amplia del cuidado del mundo que ofrecen Potter, fundador de la disciplina de la bioética, y el papa Francisco a través de su encíclica *Laudato si*. La cuarta y última parte

1. Lester Brown, *Building a Sustainable Society*, Nueva York: W. W. Norton, 1981, 359.

esbozará las que creemos son las virtudes y hábitos fundamentales para cuidar este mundo.

## Cuidar

### CUIDAR ES ENTABLAR UNA RELACIÓN

Carol Gilligan, en su libro *In a Different Voice*, describe que el cuidado se da en el contexto de las relaciones. Los seres humanos somos seres relacionales y, por eso, cuidar implica “acoger” las necesidades del otro y “responder” a los que necesitan cuidados, a las necesidades del otro.

Gilligan nos invita a superar el modelo de desarrollo de Piaget centrado en lo racional, formal, impersonal, abstracto, normativo, la autonomía para tener en cuenta lo *narrativo, concreto, material*. Más allá de reglas universales y cálculos imparciales lo importante son las emociones suscitadas por la situación, las relaciones que nos vinculan a situaciones singulares. Pues cuidar es una relación en un contexto concreto, para cuidar de alguien es preciso “sentir con el otro-lo otro”. “Sentir con” presupone una actitud de acoger al otro que nos capacita para sentir sus necesidades. Por eso el primer movimiento en una relación de cuidado concreta es acoger los sentimientos y las perspectivas del otro.

Por lo tanto, la vida moral no comienza resolviendo un dilema o un problema, captando o comprendiendo una idea, asimilando una norma o un deber sino compartiendo un sentimiento, una emoción dentro de una relación. Muchas personas expresan un deseo de ser comprendidos, acogidos, cuidados. ¿No está expresando de algún modo nuestro planeta una emoción, unas necesidades? ¿Cuáles son sus gritos y llantos?

### CUIDAR COMO UNA MADRE

Hay un cuidado natural como el de la madre ante el hijo que llora. No piensa si debe levantarse de la cama y acercarse a la cuna, sino que espontáneamente se levanta. Es un senti-

miento innato. Pero la maternidad va más allá de lo biológico natural: quien se ocupa de un niño transforma la cultura y la sociedad creando personas que se transforman a sí mismas y a la sociedad. El cuidado trasciende la naturaleza y el concepto de reproducción. Por eso, en un sentido profundo, el cuidado va más allá del narcisismo paternalista-beneficente pues hay que reconocer que, a veces, no hay que cuidar demasiado y dejar que los otros se cuiden de sí. El planeta parece estar roto de dolor y tiene enfermedades que habrá que cuidar como una madre, sin narcisismos ni paternalismos, pero con cercanía, calidez, inmediatez, calor, intuición.

#### CUIDAR CON TACTO, CON UN CUERPO

Francesc Torralba en su excelente *Antropología del cuidar* habla de dos polos del cuidar: la existencia de un ser carente-necesitado y la posibilidad de atender y cuidar de otro. Necesidad y posibilidad son las dos caras que se dan en dos cuerpos: un cuerpo necesitado-herido y un cuerpo con capacidad de apertura, encuentro y comprensión. Esta unión de cuerpos se da desde los sentidos pues es escucha del clamor o la necesidad de uno, es compasión (percibir como propio el sufrimiento del otro, interiorizar su sufrimiento como experiencia propia, experiencia de alteridad y vulnerabilidad), pero sobre todo tacto, contacto, proximidad, epidermis, roce, caricia, sin incomodar, sin molestar, oportuno. Ante una escucha o mirada de la necesidad o herida del otro, me compadezco y me acerco y toco con las manos, con la piel.

#### CUIDAR LA SALUD

E. Pellegrino, en su libro *Virtudes de la práctica médica*, y Esther Busquets, en *Ética del cuidado en ciencias de la salud*, han señalado la centralidad del cuidado en los profesionales de la salud. El cuidado comporta, a juicio de Pellegrino, las siguientes dimensiones: compasión (preocupación por el otro,

compartir algo de su experiencia de enfermedad, conmoción por su situación difícil), compromiso (asistencia en la vida, hacer por el otro lo que no puede hacer por sí: alimentación, baño, vestido, etc.), seguridad (hacerse cargo de la enfermedad) y competencia (realizar los procesos necesarios con atención en todos los detalles y perfección). El acercamiento del profesional de la salud desde la compasión lleva a un compromiso, una responsabilidad de cura y a una competencia. El cuidado del mundo y la ecología requiere una labor de curar muchas heridas y el cuidado de la salud nos recuerda la importancia del compromiso y de la competencia en la curación de las heridas.

#### CUIDAR AMPLIO

Marta López Alonso, en su libro *El cuidado, un imperativo para la bioética*, analiza magistralmente el sentido del cuidado en el mundo griego, latino y cristiano. Descubre cómo la expresión *cuidado* se aplica a muy diferentes contextos en Grecia y Roma: cuidado de la *polis*, de lo público, del pueblo; cuidado de la familia, de la casa, la hacienda, lo doméstico; cuidado del amigo, del esclavo, de los padres; cuidado de la piedad, del culto; cuidado del niño al andar, al acariciarle, al inclinarse; cuidado en los oficios y profesiones; cuidado del cuerpo, de su higiene y su limpieza. En el contexto cristiano se concreta el modelo de cuidado en la figura del Buen Samaritano (Lc 10, 29-37), en las obras de misericordia (Mt 25,31-46), en la diaconía (Hch 6,2), el cuidado entre los primeros cristianos (Hch 27,3), el cuidado de la Iglesia de Dios (1 Tim 3,5), el cuidado del carisma recibido (1 Tim 4,14), el cuidado de las viudas, el cuidado del alma y las pasiones, el cuidado del pastor, el cuidado del guardián o del custodio de los alimentos, del militar, del administrador en tiempos de hambre, el cuidado episcopal, el cuidado de los enfermos, moribundos, pobres, apestados, peregrinos, el cuidado de la

hospitalidad. Esta amplitud de cuidados nos puede dar pistas para poder afrontar el cuidado de un mundo complejo y roto como el nuestro, de un cuidado amplio como el que plantea la ecología.

## CUIDADO INTEGRAL DEL PLANETA

Desde Naciones Unidas se han planteado diecisiete objetivos para el desarrollo sostenible (ODS), para transformar nuestro mundo. Están profundamente entrelazados y nos señalan las principales heridas del planeta. ¿Cuáles son esas heridas que hay que curar y cuidar, que están tan conectadas unas con otras?

1. Erradicar la *pobreza* en todas sus formas y para todos.
2. Poner fin al *hambre*, lograr la seguridad alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible.
3. Garantizar una *vida sana* y promover el bienestar para todos en todas las edades.
4. Garantizar una *educación inclusiva, equitativa y de calidad* y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida.
5. Lograr la *igualdad entre los géneros* y el empoderamiento de todas las mujeres y niñas.
6. Garantizar la *disponibilidad de agua* y su ordenación y saneamiento sostenible.
7. Garantizar el acceso a una *energía asequible, segura, sostenible* y moderna para todos.
8. Promover el *crecimiento económico sostenido*, inclusivo y sostenible, el empleo pleno y productivo y el *trabajo decente para todos*.
9. Construir *infraestructuras resilientes*, promover la industrialización inclusiva y sostenible y fomentar la innovación.

10. *Reducir la desigualdad en y entre los países.*
11. Lograr que las *ciudades* y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles.
12. Garantizar modalidades de *consumo y producción sostenibles*.
13. Adoptar medidas urgentes para combatir el *cambio climático* y sus efectos.
14. Conservar y utilizar de forma sostenible los *océanos, los mares y los recursos marinos* para el desarrollo sostenible.
15. Proteger, restablecer y promover el uso sostenible de los *ecosistemas terrestres*, efectuar una ordenación sostenible de los bosques, luchar contra la desertificación, detener y revertir la degradación de las tierras y poner freno a la *pérdida de la diversidad biológica*.
16. Promover *sociedades pacíficas e inclusivas* para el desarrollo sostenible, facilitar el *acceso a la justicia* para todos y crear instituciones eficaces, responsables e inclusivas a todos los niveles.
17. Fortalecer los medios de ejecución y revitalizar la *alianza mundial* para el desarrollo sostenible.

Ante estos objetivos, como afirma el papa Francisco, “no nos quedemos en discusiones teóricas, tomemos contacto con las heridas, toquemos la carne de los perjudicados” (FT 261). De todos estos, son especialmente urgentes y graves, según los límites planetarios de Johan Rockstrom en 2009, la pérdida de biodiversidad, la crisis climática y el ciclo del nitrógeno. Empiezan a ser preocupantes el ciclo del fósforo y la acidificación de los océanos.

© Francisco Javier de la Torre Díaz, Ester Busquets Alibés  
y Francesc Torralba Roselló, 2023

© del proemio: Joan Enric Vives i Sicília, 2023

© del prólogo: Francesc Torralba Roselló, 2023

© de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2023

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)

[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-9743-993-0

DL: L 311-2023

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.